

permitan sus medios, es en los accesorios; el calzado y el guante es de primera necesidad que sean buenos, ó á lo menos todo lo buenos posible; el gran novelista Balzac, dice, en una de sus obras, que conocía á una mujer distinguida en estos detalles, mucho más que en la riqueza de su traje, porque la riqueza está al alcance de muchas, en tanto que el buen gusto es patrimonio de muy pocas.

Los colores medios y oscuros, por lo mismo que no son llamativos, son más elegantes que los claros y vistosos, y es también condición indispensable para vestir bien el tener pocos trajes, pues teniendo muchos se llevan siempre atrasados de moda, á no ser que constantemente se esté gastando en reformarlos.

Antes de saber vestir bien es necesario saber *comprar bien*, ó por mejor decir, lo segundo no se alcanza sin saber lo primero; cada señora debe pensar en las horas en que sale, y con arreglo á éstas y á su método de vida, comprar sus vestidos, porque la que sale mucho de noche, necesita trajes claros, y á la que tiene la costumbre de pasar las noches en su casa, le conviene más los vestidos oscuros y sencillos.

Uno de los medios más seguros de arruinar

una fortuna que no tenga muy sólida base, es el que una mujer compre todo lo que le parezca bonito, sin más que por el gusto de comprarlo. Conozco una señora que tiene un armario lleno de encajes, de los cuales no empleará en su vida ni la menor parte, pues todos sus vestidos están ya guarnecidos con este rico ornamento; esta pasión por los encajes le ha llevado á gastar sumas exorbitantes en ellos, y hoy tiene empleado un capital que nada le produce.

Así sucede también con la compra continuada é irreflexiva de trajes, de muebles, etcétera...; llega un día en que se deplora amargamente la afición al lujo, ó más bien á la prodigalidad que compromete la fortuna, y que nada tiene que ver con el buen gusto, con la elegancia, sino que suele ser su mayor enemiga.

La sobriedad y la modestia, están más acordes con la distinción, con el verdadero buen gusto, con la moderación que no provoca envidias, sino que, por el contrario, despierta las simpatías de todas las personas de buen sentido.

FELICIA.

IX

Veo, mi querida Julia, que te he convencido acerca de las terribles consecuencias que trae un desmedido amor al lujo y á los placeres; lo esperaba, y creo que he extirpado en tu alma una semilla funesta, cuyos frutos podrán ser muy amargos.

Hablemos ahora del gobierno interior de tu pequeño reino, para lo cual acaso te daré demasiado prolijas instrucciones; pero valga mi buen deseo y perdona á mis años, hija mía, el que insista en lo que considero necesario para la dicha.

No hay talento más útil para una mujer que el de saber dirigir bien su casa; todos los demás talentos son más brillantes y dan más gloria, pero aquél, en cambio, le trae la felicidad íntima, tan difícil de lograr en el mundo, al ver que su familia halla por su mediación el sosiego, la dicha y el bienestar.

El cumplir con sus deberes deja además en el ánimo una impresión agradable y plácida, que ninguna otra cosa proporciona. ¿Y quién duda que el primer deber de una mujer es conseguir que su esposo, sus padres, sus hermanos, sus hijos y sus amigos, se hallen bien

en el interior de la casa y no vayan á buscar fuera la dicha, la calma y las impresiones agradables?

Cuida tu hogar y serás en él la reina adorada; cuida tu hogar, embellecelo, y tu esposo no irá á buscar á los ajenos distracciones y solaz; ¡si todas las mujeres cuidasen sus hogares como yo te recomiendo, habría más moralidad en las familias, más paz en las conciencias, más alegría en las almas!

La ciencia de dirigir bien una casa se apoya, ante todo, en la experiencia, y es preciso, por cosiguiente, familiarizarse con los detalles infinitos de que se compone; aunque esté dotada de las mejores disposiciones, de una voluntad firme, de una habilidad notable, una joven, colocada desde el día de su matrimonio al frente de una casa, perderá en vanos ensayos un tiempo precioso, si no ha adquirido ya en la casa paterna conocimientos de la misión que va á ejercer bajo su propia responsabilidad.

Al jefe de la familia pertenece generalmente el deber de adquirir los medios de subsistencia de los que dependen de él; mas sus esfuerzos serían vanos, insuficientes, y por decirlo así inútiles, si la madre y la esposa des-

deñase ó ignorase la gran ciencia de la economía.

La economía es la que constituye el ahorro y la que distribuye los gastos del modo más ventajoso para todos los individuos de la familia.

La economía es la que enseña los medios de obtener el bienestar, manteniendo el orden, y la que da á todas las cosas el aspecto elegante, que es la necesidad legítima de todas las organizaciones delicadas.

La economía es, en fin, la que indica el punto preciso á que se debe llegar para evitar dos defectos igualmente reprensibles, la mezquindad y la prodigalidad.

Una de las necesidades de nuestros días—necesidad muy agradable por cierto—, es la compañía en la mesa de algunos amigos. Hablemos, pues, un poco de las comidas íntimas, aunque te repita algunos pormenores.

Compónense éstas, generalmente, de cuatro á ocho personas y se sirven con sencillez; constan de cuatro entradas; un puré, una salsa, un pescado, un frito y un asado; entre los postres es de necesidad que figure un plato de dulce ó azucarado; la gran profusión de manjares, el número inmenso de platos que

antes se servía en la comida de más confianza, es hoy de mal gusto.

Aunque se trate de una comida íntima, que es de lo que estamos hablando, los preparativos deben hacerse de antemano; una dama distinguida evitará siempre á sus convidados, aunque sean personas de su propia familia, la vista de las ruedas que se mueven para el bienestar de todos; nada es más desagradable que el ver á la señora de la casa afanada y aturdida, dejar la mesa para reparar un olvido, buscar sus llaves, revolver los armarios y ocuparse, en una palabra, delante de sus convidados, de los detalles que deben estar previstos; es también de efecto deplorable el oír la dirigir á los criados observaciones, recomendaciones y sobre todo reconvencciones; la previsión activa é inteligente debe abrazar los detalles más importantes como los más ínfimos, y esta es la primera y la más importante de las cualidades de una ama de casa, de que ya te hablé en otra ocasión, antes de casarte.

Todos los objetos que componen el servicio de la mesa, es decir, la vajilla, el cristal y la plata, se limpian de antemano y se colocan en el comedor sobre las mesas de los ángulos, preparadas para sostener estos objetos. Aun-

que tenga un gran número de servidores, la mayor parte de estos cuidados pertenecen al ama de la casa; ella es la que debe preparar los postres, arreglar las frutas entre el musgo, rodearlas de hojas verdes y frescas, disponer los dulces secos y los *hors d'œuvre* en los ángulos de la mesa: no puede dispensarse de examinar detenidamente si está todo perfectamente limpio, ni puede fiar tampoco de nadie en absoluto el cuidado de las luces, que á lo menos examinará también detenidamente para evitar que ardan mal ó que se apaguen, pues cualquiera de las dos cosas es de un efecto ridículo. Estos cuidados están también en relación con la economía; pues los objetos frágiles y costosos perecen en las manos de los criados; una taza de porcelana rota, una pieza de cristal ó de plata hecha pedazos ó abollada, suponen una suma no despreciable é inutiliza los esfuerzos hechos durante algún tiempo por una prudente economía.

La señora de la casa, pues, ó sus hijas, deben sacar de los armarios, preparar y volver á guardar después de limpios, todos los objetos delicados del servicio, revisando y contando cuidadosamente todas las piezas, y haciendo buscar al instante si falta alguna.

Como medida general é infalible de buen arreglo y economía interior debe darse la siguiente:

Entregar á los criados todo anotado, ó contado cuando menos: recibirlo del mismo modo, y si falta alguna cosa, buscarlo sin pérdida de tiempo, y sin dejarlo para otra ocasión.

Los platos que han quedado intactos, ó poco menos, de la comida, se pueden utilizar perfectamente al siguiente día, evitando una gran parte del gasto de la mesa.

Es sobremanera injusto el descuidar el decoro propio y el de su familia bajo el deplorable pretexto de que *para los de casa todo está bueno*. ¿Por qué hemos de estimar más á los extraños que á nuestra familia y que á nosotros mismos? ¿Por qué no hemos de cuidar de que nuestra mesa esté siempre limpia, bien servida y elegante á la vista?

No me cansaré de repetir lo que antes dije: cuidemos nuestros hogares, para que sean más agradables que ningún otro.

No teniendo una cocinera de primer orden, hay que encargar algunos platos al *restaurant*, donde son muy caros, sobre todo los de postres: no estaría, pues, de más, el que cada se-

ñora supiera componer algunos, dirigiéndose por buenas recetas, en vez de encargar los platos á la confitería y repostería.

Tú misma, si sigues mi consejo, conocerás, mi querida Julia, la utilidad de él, y experimentarás una inocente satisfacción al ver que un plato ha salido bien y que tus convidados lo hallan sabroso y bueno.

Adiós, hija mía: con los consejos para el alma ya ves que alterno los materiales, según tu deseo, que es también, porque conoce su importancia, el de tu apasionada

FELICIA.

X

Tu carta, hija mía, me ha llenado del gozo más inmenso y más puro. ¡Qué dulce y grato es al corazón el sembrar la semilla del bien en un alma tan buena y noble como la tuya! Semejantes discípulas hacen honor á su maestra, en cualquiera condición que la suerte las coloque.

Tu marido—dices—ha ganado un proceso importante, y que duraba después de muchos años: no me había equivocado, con respecto á la existencia del talento de Eugenio, ni tam-

poco respecto al carácter serio y profundo de este talento: te felicito por este triunfo, y te encargo que le felicites tú en nombre mio.

»La suma de sus honorarios ha aumentado vuestra caja de una manera inesperada, y habéis colocado bien la mitad de esta suma, á fin de que reporte algunos intereses; la otra mitad la destinabais á adquirir algunos muebles para vuestra casa.

»No sabemos qué elegir—me dices con mucha gracia—; yo deseaba varias cosas, todas caras, y vacilaba entre un hermoso reloj, que representaba una *vendimiadora*; una alfombra blanca, sembrada de ramilletes, y dos sillones de palosanto, forrados de terciopelo granate. Eugenio estaba enamorado de una biblioteca de antigua madera tallada.

»Todo esto era muy bello, y no sabíamos qué elegir cuando á los dos nos ocurrió simultáneamente la misma idea...; no, yo creo que antes la tuvo Eugenio.

»Julia—me dijo—, compraremos un reloj sencillo, y el resto de la suma que destinábamos á comprar un objeto caro, fuese reloj ú otra cosa, la destinaremos al pobre pastor á quien defendí hace poco tiempo, y que estaba acusado de un asesinato que no había co-

metido; ese infeliz se halla sin pan y no puede encontrar colocación, porque aunque le salvé de la muerte y puse en claro su inocencia, la mancha ha quedado en su nombre y no halla medio de ganar su vida; tendámosle una mano protectora, porque si no, es fácil que la miseria le empuje al crimen.

»¡Sí—exclamé con lágrimas en los ojos y abrazando estrechamente á mi noble esposo—, sí, Eugenio! Tiéndele al pobre Francisco esa mano que él besaba al salir del Tribunal cuando por tu defensa le declararon libre; sosténle en el camino del bien, que yo renuncié á todo cuanto anhelaba; ¡ah, mi bella *vendimiadora*, ya no desearé tu compañía!»

Terminas diciéndome que tu marido ha pagado el arriendo de una casita en el campo y de un pedazo de tierra, que Francisco cultivará, porque aunque ha sido pastor, también entiende un poco de labranza; que le habéis comprado una borriquilla y útiles para el cultivo de la tierra, poniéndole en la casita, que consta sólo de cocina y dos cuartos: una cama, una mesa, un armario y dos sillas, y proveyéndole la cocina de lo más preciso; con eso y algunas semillas para la tierra, el pobre Francisco podrá ganar su vida honradamente,

y si tu marido podía decir que le ha salvado la vida, tú podrás asegurar lo mismo; porque si tú, Julia mía, hubieras demostrado grande empeño en embellecer tu casa, Eugenio no hubiera querido disgustarte, y el pobre Francisco se hubiera quedado en la miseria.

¡Qué alegría tan pura debe inundar tu corazón, mi amada Julia!

¡Qué celeste paz!

Dios ha dicho: «¡Un vaso de agua que deis al menesteroso, os será contado en el cielo!» —¡Piensa, hija mía, lo que Dios te dará á ti, que has sacrificado uno de los más anhelados goces de tu espíritu, el del adorno de tu casa, para dar pan y albergue á un desgraciado, al que todos abandonaban!

El hacer bien lleva en sí mismo su recompensa; para los más amargos dolores de la vida, las almas buenas han hallado un solo lenitivo: la caridad.

Viendo los males ajenos se sienten menos los propios, porque, ya sea por el sentimiento egoísta que está siempre oculto en el fondo del corazón humano, sea por la natural conmiseración que el dolor despierta siempre, es la verdad que olvidamos un tanto nuestras penas al ver las de los otros, uniéndose para

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA
"ALFONSO REYES"
Año, 1925 MONTERREY, MEXICO

ello los instintos buenos y los malos que viven en nuestra flaca naturaleza mortal.

Creo que Francisco será para vosotros la personificación del afecto, del respeto y de la lealtad; ¡y es tan bueno en este mundo de dolores contar con un corazón que nos es adicto! Es esto tan consolador y tan dulce, que aunque el corazón que hemos conquistado se halle encerrado en el pecho del ser más infeliz y más abyecto, parece como que caminamos con paso más seguro por la áspera senda de la vida.

No lo dudes, hija mía: el hacer bien da siempre deliciosos frutos; el primero, el más hermoso de todos, es la satisfacción interior que experimentamos, y después no todas las criaturas son ingratas, y yo te puedo asegurar que he hallado muchas agradecidas.

Va veo al pobre Francisco cultivando su tierrecita, llevando sus lechugas y sus coles al mercado, cargadas en su borriquilla, ahorrando de la venta, para pagar el alquiler del terreno que hoy tiene en arriendo, y quizá ahorrando con el tiempo para irlo pagando y que quede por suyo; comprará luego dos ó tres ovejillas y hará poco á poco un pequeño rebaño, que guardará su perro, que es su ami-

go y su compañía. A los veintidós años, tener por perspectiva la deshonra y el abandono de todos, era cosa demasiado horrible, y vosotros sois los redentores de su cuerpo y de su alma.

Encarga á ese desgraciado, mi querida Julia, que vaya á verte á lo menos los domingos por la mañana, y que te lleve un ramo de flores de los campos y algunas verduras de las que él cultive; no te puedes imaginar hasta que lo veas la influencia que lo bueno y lo bello tiene en las pobres gentes del pueblo; la sola vista de tu belleza delicada, de tus maneras distinguidas, elevarán el alma de Francisco; para presentarse con decoro á ti y á tu marido, cuidará del aseo de su persona, y procurará hablar mejor; el arreglo de las flores que ha de llevarte, despertará su instinto de lo bello, por poco que exista el germen en su alma, y puesto que su tierrecita y su casa están á dos pasos de la población, haz aún otro pequeño sacrificio, y busca un maestro que le enseñe á leer y á escribir para redimir esa pobre alma de la esclavitud de la ignorancia, que es la más terrible y la más odiosa de todas.

FELICIA.

XI

Ya sabía por una carta anterior de Eugenio la *gran noticia*, mi querida Julia; esperaba tu confianza con el alma llena de gozo, participando de tu esperanza y siendo dichosa con ella. Dentro de cuatro meses, un nuevo huésped, un ángel rosado é inocente habitará y embellecerá tu casa; cuatro meses no serían bastante tiempo para preparar el nido donde ha de reposar, si tu madrina no tuviera algunos trabajos adelantados; un ebanista se ocupa de los últimos tallados de una cuna de nogal; yo guardo ya dobladas en un cajón de mi cómoda, cosidas y arregladas, dos pequeñas cortinas de raso azul celeste, forradas de punto de crochet muy fino, y hecho por mi mano; también hay cosidas ya tres sabanitas y tres almohadas de un tamaño proporcionado, lisas, de lienzo fino y suave, y ahora me ocupo de bordar otras tres almohadas y tres sábanas para completar tres juegos de cama, ó más bien de cuna, para el deseado infante; el cobertor será igual á las cortinas, de crochet, forrado con raso azul, y la manta, azul también, hecha por mí con lana de Esmirna, para que le abrigue y no le pese, y trabajada á punto tunecino.

No es posible, hija mía, que te imagines lo alegre que estoy esperando á mi nieto; porque habiendo perdido á todos mis hijos, en ti he resumido la ternura de mi corazón, y los tuyos serán la corona de mi vejez, ya bien cercana, aunque tú digas lo contrario.

Cuidate, ahora más que nunca, mi querida Julia; evita las sacudidas morales, que no han de faltarte con el nuevo acontecimiento que me anuncias.

Octavia va á tu lado, según me dices, porque tu padre se halla agobiado con su carácter indolente, y por demás inclinado á la coquetería; por tu hermano has sabido los disgustos que ocasiona á su buen padre esa niña rebelde, y tú has procurado, con delicadeza y sin darte por entendida de los defectos de Octavia, aliviarle de tan pesada carga.

Yo sé, hija mía, por personas relacionadas con tu familia, que la salud de tu padre se resentía ya de los graves disgustos que cada día tiene que soportar; pero ¿qué padre se queja de los defectos de sus hijos? ¡Antes se muere de dolor!

La paciencia y la sangre fría es lo que da mejores resultados en todas las circunstancias difíciles de la vida; ármate de esos dos pode-

rosos auxiliares para combatir los defectos de Octavia, apoyados en una gran frivolidad de carácter, y en una no menor sequedad de corazón.

Hablemos un poco, en tanto que llega la instalación de Octavia en tu casa, de esa nueva amiga, cuyo conocimiento has hecho entre las relaciones que has contraído después de casada; me hablas de los recursos preciosos que hallas en su compañía, y de los proyectos de distracciones que formáis juntas; debería alegrarme, y sin embargo, una especie de inquietud me asalta á todas horas..., inquietud que hasta hoy no me he determinado á comunicarte.

Por crueles que sean las decepciones, yo las preferiría para tí, á esa prudencia exagerada, que nos protege sin duda, pero petrificándonos; prefiero al error que hace sospechar el mal, el que hace creer en el bien, y expone á colocar indebidamente la estimación; pero es necesario que este error no se repita con frecuencia, porque degeneraría en costumbre y te traería graves inconvenientes.

Pocas cosas hay en sociedad que perjudiquen más seriamente al buen nombre de una persona, que el verla cambiar cada día de

amistades, alternando las rupturas con la adquisición de nuevas relaciones. Y nada hay, por el contrario, más respetable, que el pasar la existencia en compañía de las mismas personas. Por eso te renuevo ahora, hija mía, la recomendación que te hice antes de casarte, y la reitero con mayor razón; no des tu afecto y tu confianza sino á las personas que conozcas y estimes; á aquellas de cuyos buenos sentimientos, irreprehensibles costumbres y carácter simpático estés segura.

Estas reflexiones, que pueden llamarse generales, traen otras consigo que son particulares á tu nueva amiga; no la conozco más que por los detalles que tu carta contiene; según me dices, la conoces tú desde hace veinte días solamente; como yo tengo sobre ti el privilegio de la edad, veo las cosas bajo un aspecto diferente, y puedo decirte, Julia mía, que la amistad no se improvisa.

Te confieso que lo que me inspira más desconfianza, son los detalles que me das acerca de la vida interior de la señora de Q...—Casada hace cinco años, tiene dos hijas, y las dos crecen lejos de ella; la mayor vive en el campo y en casa de su abuela materna. La segunda se halla en un pueblo inmediato, y en po-

der de su nodriza, desde que nació, hace dos años. ¡La señora de Q... va á ver á las pobres niñas... de tiempo en tiempo, mediante lo cual, su amor de madre se da por satisfecho!

Yo sé bien que hay necesidades penosas, y que una mujer que tiene que trabajar para vivir, se ve algunas veces obligada á separarse de sus hijos. Pero esta no es la situación de la señora de Q..., cuya existencia desahogada y casi rica, no da lugar á hallar un pretexto para semejante proceder: la única cosa que puedo suponer es, que el partido que ha tomado es muy cómodo para ella, y para el círculo que cada día se reúne en su casa. ¿Sabes cuál es el parecer acerca de esto del señor de Q..., esposo de esta señora? ¿Sabes lo que dice acerca del alejamiento de sus dos hijas de la casa paterna? Acaso no dice nada, porque juzgando por lo que sucede, adivino en él un ser pasivo, de esos que son incapaces de hacer mal, pero igualmente incapaces de impedirlo.

Yo te aseguro, Julia, que entre todos los deberes que la mujer debe llenar aquí abajo, el más importante es el de la maternidad; pero Dios ha hecho también de su cumplimiento la dicha suprema, y uniendo á él las más santas alegrías que la mujer puede gustar,

ha hecho fáciles todos los sacrificios de que se compone.

La que no puede ser una buena madre, no podrá ser tampoco una buena esposa y una buena amiga. Joven, abandonará su tiempo á los placeres de la vanidad, á los manejos de la coquetería. Y en el invierno de la vida, ésta estará llena de los defectos, que son la consecuencia y el castigo del olvido de sus primeros y más santos deberes; es decir, de la envidia, de la maledicencia, de la intolerancia para con todos.

FELICIA.

XII

¡Bien venida sea la pequeña María á este mundo! ¡Dios la dé toda la dicha compatible con la observancia de la virtud, y este es, Julia, el voto más amante que puedo hacer por tu hija! No siempre los acontecimientos se encargan de darnos el castigo ó el premio que merecen nuestras acciones; pero es indudable que lo llevamos en nuestro interior, y que la conciencia nos da la dulce tranquilidad del ánimo, ó el tormento que se encuentra en el recuerdo de haber obrado mal.

Ocúpate ya de la educación de María, aun-

que ésta no cuenta más que un mes de vida: el sentimiento de lo *justo* y de lo *injusto* existe en los niños desde que nacen: son voluntariosos, y tienen caprichos á los cuales debes guardarte muy bien de ceder, bajo la pena de enseñarles que sus gritos y sus exigencias tienen el poder de cambiar las resoluciones que hayas tomado: la debilidad de carácter, es el medio más seguro de eternizar las luchas, así con los niños como con las personas mayores, y las concesiones tienen por resultado el multiplicar indefinidamente las exigencias.

Mas al elogiarte la firmeza, lo hago á condición de que siempre vaya acompañada de la justicia. No olvides, si quieres ser infalible á los ojos de tu hija, que debe respetar tu voluntad, no sólo por ser *tuya*, sino por ser justa en sus causas y sensata en sus resultados: es preciso que no contraries inútilmente á María, multiplicando las prohibiciones y las recomendaciones; pero una vez que hayas tomado una determinación, no te vuelvas nunca atrás de ella. La debilidad produce inevitablemente la importunidad y la desobediencia, porque los niños aprenden que sus instancias pueden arrancar un consentimiento que se les rehusaba, y de aquí concluyen que la negación

era inútil, y que puede infringir las prohibiciones sin inconveniente.

Además, la debilidad y la violencia caminan siempre en compañía: he visto á muchos padres ceder á un movimiento de impaciencia causado por la obstinación de sus hijos y administrarles castigos corporales, que probaban á éstos, no el derecho del más justo, sino el derecho del más fuerte. He tenido por vecina una joven señora, madre de dos niños, á los que quería mucho, pero á los que educaba muy mal, aunque se ocupaba sin cesar de ellos: una ternura mal entendida la hacía incapaz de soportar sus gritos y sus cóleras; y cuando la madre perdía la paciencia, llegaba algunas veces á golpearlos, con menoscabo de su dignidad y grave daño de las criaturas.

Los niños no se engañan; comprenden muy bien que en lugar de infringirles un justo castigo, se ejerce una venganza, y las *correcciones* de esta naturaleza, no los corrigen jamás.

Un día trabajaba yo al lado de mi joven amiga; uno de sus hijos, de edad de dos años, vino á pedirme el ovillo del hilo: le contesté que no podía dárselo porque me hacía falta, é hice otro ovillo, con el que se divirtió algunos momentos. Mas es muy difícil señalar un